

EDITORIAL



Francisco Javier Caballero, CSsR
director@revistaicono.org

¡Qué grande es la diversidad!

Trabajar y creer en el bien común es la gran tarea de una sociedad que quiera tener futuro. Dentro de ella, la Iglesia, y los grupos carismáticos como el nuestro, iluminado por la pertenencia al Perpetuo Socorro, deberíamos ser signo, no solo de que es posible, sino que es la mejor realización del ser humano.

Lo cierto es que nuestro tiempo es la manifestación del triunfo de la individualidad. Los proyectos personales, tantas veces, ahogan cualquier intento de promoción común, sentido altruista y compromiso verdadero. Nos ocurre igual en nuestros grupos cristianos y en nuestras comunidades religiosas: somos un conjunto de personas valiosas, pero con graves dificultades para hacer equipo, anunciar comunión y sembrar esperanza. Es fuerte nuestra búsqueda de realización personal –legítima por otro lado– como para ceder al sueño de una sociedad en armonía, equilibrio y justicia.

Por todo ello, los principios cristianos son, en nuestro tiempo, más urgentes que nunca. Es imprescindible que haya personas en el seno de la sociedad que tengan «corazón de comunión» porque el cambio soñado, es el testimonio, no las palabras.

Nuestra portada es expresiva en esto que denunciamos. Somos como granos de arena en las manos del creador. Desde nuestra mirada «de tejas abajo» pareciese que cada grano es despreciable o que no importa si se pierde o malgasta. Desde

la mirada de Dios, por el contrario, estamos en sus manos y cada grano es imprescindible para pensar en un conjunto que pueda construir una realidad nueva.

La gran tarea de la evangelización consiste justamente en este principio: mostrar y demostrar que cada persona es imprescindible para la comunión. Que no hay dos «granos de arena» exactamente iguales, cada uno tiene su originalidad y forma; cada uno su historia y sentido. Y aunque desde una visión simple pareciese que jamás pueden hacer o construir nada juntos, es la mirada del Creador la que puede propiciar la mayor utilidad para la edificación de la novedad.

Asomarnos a la diversidad con la perspectiva de cambio puede provocar en nosotros actitudes insospechadas, inéditas, sorprendentes

Empezamos un tiempo de descanso y, por tanto, de cierto alejamiento de la normalidad tan anormal que nos han dejado estos meses de pandemia en nuestros centros pastorales, parroquias y comunitarios. Es una oportunidad excelente para contemplar, desde la distancia, lo que Dios es capaz de lograr con «tantos poquitos» y tanta diversidad. Es un tiempo pre-

cioso para perdernos en el silencio y agradecer, de verdad, ser quien cada uno o cada una somos. Porque la construcción del mundo que Dios sueña no es uniformidad y silencio; es diversidad, aceptación y praxis de la cultura del encuentro.

Estos días alejados de nuestros grupos de fe, podemos hacer un ejercicio de crecimiento y maduración. Es sencillo. Consiste en ir aceptando, en casa, a aquellos o aquellas que más complicado nos resulta. Asomarnos a la diversidad con la perspectiva de cambio puede provocar en nosotros actitudes insospechadas, inéditas, sorprendentes. Es cuestión de comenzar cada día agradeciendo el don de formar parte de un mundo, un grupo y una familia donde reina la diversidad. Porque ser todos iguales, amén de aburrido, sería la mayor negación de un Dios-Padre creador y artista que en su amor nos ha dicho que lo grande es la diferencia.

Un puñado de arena

Las estrellas del cielo, la arena de la playa... son incontables, escapan a nuestra capacidad de control. La creación, la diversidad desborda nuestros límites y deseos de saber. Dios ha hecho así todas las cosas, todos los seres... “y vio Dios que era bueno”.